

**ANTONIO CERRILLO**  
Alba de Tormes (Salamanca)

Jacobo Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo, o más sencillamente Jacobo Siruela, heredó dos grandes fincas en Salamanca en el 2015 al morir su madre, Cayetana, la duquesa de Alba. Y a continuación ideó un plan concertado con su esposa, Inka Martí, periodista, editora y hoy ganadera. “Inka –le dijo–, tenemos una finca de 4.000 hectáreas, y somos ecologistas. O hacemos algo con ellas, o lo nuestro es mero posturo, como tantos otros”. Ambos habían quedado “enamorado” de las dehesas legadas (Gallego de Crespes, en Larrodrigo, y Gómez Velasco, en Pedraza de Alba), con una superficie equivalente a casi la mitad de la ciudad de Barcelona. Desde el primer momento asumieron el compromiso de centrar su trabajo en crear en ellas un gran laboratorio para la regeneración de la naturaleza.

Tras un trabajo de ocho años, el lugar es ahora “una reserva integral ecológica, regenerativa y de coexistencia con otras especies del mundo vegetal y animal”, en palabras de Inka Martí.

Lo primero que hicieron fue convertir el lugar en un vedado de caza, en el que está prohibido cualquier aprovechamiento cinegético o forestal. Además, el lobo tiene aquí un refugio; el ganado extensivo autóctono crece sano comiendo solo pasto y forraje biológico; las encinas son sometidas a un tratamiento silvícola mínimo, sin desmoches ni podas indiscriminadas. Y los productos químicos han dejado de añadir más veneno a las tierras de labor.

De las 4.000 hectáreas, unas 2.000 son pastos y en las otras 2.000 se cultivan forrajes para el ganado y avena para el propio grano ecológico.

Jacobo Siruela resume así su filosofía de este plan: “Viendo la situación en que se encuentra la naturaleza, está claro que se necesita un cambio de mentalidad de los humanos y que las personas que tienen campos deben cambiar la manera de gobernarlos, evitando por ejemplo echar pesticidas y entrando en un esquema ecológico”, resalta.

Este mayo, la dehesa de Larrodrigo es una luminosa sucesión de bosques de encinas monumentales y centenares en un paisaje completado por fresnos y arbutos de espino blanco sobre un manto verde aterciopelado en el que resaltan los corrillos de manzanilla bastarda, de pétalos blancos y flores amarillas, y una maleza multicolor libre de pesticidas.

Estas tierras estaban predestinadas a servir de lugar de ocio para los nostálgicos de *La escopeta nacional* y, de hecho, parecen el escenario para entretener en un safari africano a los émulo de un *Mogambo* en versión salmantina.

Pero convertir estas 4.000 hectáreas en vedado de caza y prohibir todas las actividades cinegéticas no fue tarea fácil, como no lo ha sido expulsar a los cazadores que entraban y salían de la finca. Tuvieron que poner denuncias a la Guardia Civil; hubo más de un encontronazo con los furtivos, y hasta debieron instalar vigilancia para blindarse de los cartuchos.

# R

EL REPORTAJE

*Jacobo Siruela y su esposa, Inka Martí, convierten dos dehesas (4.000 ha) en Salamanca en un enclave para restaurar la naturaleza, libre de caza*

## Un legado de los Alba, convertido en refugio natural



Jacobo Siruela e Inka Martí, retratados hace unos días en su finca de Larrodrigo, en Salamanca

Este el espacio vetado a la caza más grande del sur de Europa.

Pero renunciaron a los ingresos de un coto para favorecer la tranquilidad de los innumerables animales salvajes que se dejan ver (buitres negros, buitres leonados, cigüeñas, búhos, avutardas, garruñas, milanos...).

“El beneficio económico es importante, pues no se puede convencer a nadie de los valores de la ecología si no da beneficios; por eso esta debe ir acompañada de una comprensión del mundo natural”, nos dice Jacobo Siruela.

“Actuamos pensando que estamos al margen del mundo natural, pero la ciencia nos dice que somos parte de la naturaleza. La naturaleza siente y piensa a su manera, como nosotros”, nos explica antes de enseñar su finca. Y lo dice en una pequeña casa para invitados en una colina de la dehesa: una edificación de los años sesenta reconstruida y que fue una antigua escuela levantada por su padre, de quien habla en forma elogiosa.

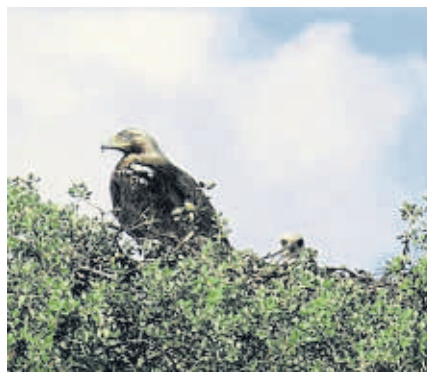
En 1980, la madre de Jacobo le otorgó el título de conde de Siruela, con grandeza de España, que data de 1470. Él es un hombre de letras, gran aficionado al mundo medieval. Fundó una editorial de éxito, Siruela (*El mundo de Sofía...*), que luego vendió; y hace nueve años, cuando empezó a ocuparse de la dehesa, abrió una nueva colección de libros centrada en cómo se debe entender la naturaleza en el siglo XXI. Autores como David Fideler o William Mahony y las ideas de restaurar el alma de mundo (actualizadas con el aval que da hoy la ciencia a la inteligencia creativa de la naturaleza y su compleja diversidad) centran algunas de sus reflexiones.

Cuando recorremos la finca, sorprende el cercano movimiento de las vacas de piel oscura (moruchas), que incluso bloquean el camino, y que giran la cabeza mientras observan con mirada interrogativa el paso de extraños para dejarnos ver su impresionante cornamenta. Aquí se conserva la vaca morucha, una raza autóctona adaptada a la dehesa y a las explotaciones en extensivo.

Las 1.500 vacas se han mantenido “para no perder otra raza autóctona más”, pese a que desde instancias oficiales se invoca la necesidad de “adaptarse a los tiempos” y sustituirlas por vacas cárnica más productivas. “Hemos demostrado que podemos hacer los mismos kilos de carne que con una vaca mixta”, dice Inka Martí. “Defensora de los animales, casi vegetariana, amante de los caballos desde niña”, Martí recibió con sorpresa el encargo de manejar el ganado (1.500 animales bovinos y un centenar de ovejas).

Al principio lo vio como algo contra natura. Pero al final, se ha armado de un arsenal de argumentos para “dignificar” la producción de la carne, y en el recorrido expone una ristra de las aportaciones ecológicas de la ganadería extensiva en contradicción con las “macrogranjas de la ganadería intensiva”.

Inka Martí explica que en su reconciliación con la ganadería extensiva ha tenido un papel clave la vaca morucha (“minoica, egipcia, milenaria, casi sacada de un museo arqueológico”) o el descubri-



**Coexistencia entre especies.** En estas dos dehesas se ha creado el vedado de caza más grande al sur de Europa, donde está prohibido cualquier aprovechamiento cinegético o forestal. Además, el

lobo es bienvenido, pues los promotores consideran que debe actuar la ley de la selección natural y que se tienen que tomar medidas de protección.

Las vacas moruchas, una raza autóctona, se agrupan y patalean cuando ven el lobo, mientras que el buitre leonado y las águilas

imperiales han encontrado sitio donde anidar y explorar un territorio donde encuentran animales muertos



FOTOS DE INKA MARTÍ

**Las dehesas de Jacobo Siruela (en Larrodrigo y Pedraza de Alba) suman 4.000 ha, 40 km<sup>2</sup>, casi la mitad de la superficie de Barcelona**

miento de las raíces celtas de este enclave. “Esta es la vaca del cambio climático. Necesita poca agua, necesita poquísima comida, es una madre fantástica porque no tiene abortos ni presenta problemas. Y se sabe defender de los animales salvajes. Cuando ven un lobo, las moruchas se agrupan y empiezan a patalear”.

El proyecto de regeneración de estas fincas se inscribe dentro de la propuesta del biólogo y naturalista Edward O. Wilson, que reclama devolver al mundo salvaje más de la mitad del planeta, y encaja con la iniciativa del reglamento comunitario que busca restaurar el 30% de los ecosistemas.

Por eso, la receta es reducir la carga ganadera, dedicar menos tierras a cereales y maíz para los piensos de ganado en macrogranjas y fomentar el ganado autóctono alimentado con pasto y adaptado a los depredadores. Y todo ello lo explica Martí con profusión de referencias sobre ganadería regenerativa de pastos (Jean-Martin Fortier, Joel Salatin o Allan Savory) y la agricultura natural (*La revolución en una brizna de paja*, de Masanobu Fukuoka) que inspiran su acción. “Debemos reducir el cultivo de cereal para ganado encerrado en macrogranjas, que

producen animales que a su vez hacen enfermar a los cuerpos humanos”, suelta Inka Martí, con quien trabaja un equipo formado por tres vaqueros (una de ellos, mujer) y dos peones ganaderos de la etnia ganadera fula de Senegal.

“Lo nuestro no es *rewilding* (resilvestramiento), sino *real wilding*”, sentencia para matizar su alineamiento con el movimiento europeo de renaturalización.

## Los lobos son aquí bienvenidos y las vacas autóctonas se encargan de modelar el paisaje

Convertida en una “vaquera ecologista”, Martí cita también a Mary Temple Grandin, la zoóloga y etóloga autista de cultura texana que aplica nuevas técnicas para aliviar el sufrimiento de las vacas en las fases críticas de su manejo (vacunaciones, saneamientos...). Aquí no se arrea a las reses sino que se recurre a la “bandera blanca”, para ser conducidas de manera tranquila, porque el color blanco para la vaca es *una pared que se*

*mueve*, lo que permite el cerco y dirigir sus movimientos.

En este enclave no se persigue al lobo, que recibe el trato de una especie capaz de regular las poblaciones de ungulados (corzos, jabalíes...). Y eso, pese a que el carnívoro ha ido colonizando territorios al sur del Duero (“desde hace ocho años lo estamos viendo aquí”) y la finca ha estado hasta hace poco en la lista de las zonas

## El proyecto demuestra que “es rentable” regenerar los espacios abandonados y proteger la biodiversidad

en las que atacaba a las ovejas.

Mientras recorremos el paraje del Hoyo de los Lobos, Inka Martí defiende que frente a los ataques del lobo la mejor defensa del ganado es implantar la cultura de la seguridad (vallados, uso de mastines, presencia humana), en lugar de recurrir a la escopeta y las batidas. Desde que en el 2018 decidió que había que encerrar sus ovejas para protegerlas no han sufrido ningún ataque. En la provincia de

Salamanca, los ataques mortales han disminuido drásticamente y han pasado de 357 reses muertas en el 2021 a solo 70 en el 2023, lo que demuestra que se han tomado medidas de autoprotección, en contraste con el resto de la comunidad de Castilla y León (donde se han incrementado).

Inka Martí denuncia también que en demasiadas ocasiones se atribuye de manera injustificada

## “Hay que dejar de echar pesticidas en los campos y entrar en un esquema ecológico”, dice Jacobo Siruela

al lobo los asaltos al ganado. Y apunta que muchos de estos sucesos (como ella ha constatado en su finca) son en realidad obra de perros de las realas de cazadores o perros asilvestrados. “Los lobos nunca atacan a vacas o a sementales. Suelen atacar por selección natural a los animales más vulnerables que podrían morir por cualquier otra razón (cólicos, rayos, diarreas...)”, dice.

Jacobo Siruela e Inka Martí ex-

presan su malestar por el ambiente artificial y politizado de conflictividad que crean algunos grupos ante la aparición del lobo, algo que juzgan incomprensible. Los ataques del lobo al ganado son indemnizados por la Junta de Castilla y León: 800 euros por un ternero de hasta seis meses y 1.880 euros si tiene más de nueve meses. “¿Entonces, cuál es el problema de los ataques del lobo, si luego paga la Administración?”, zanja el debate Lacobo Siruela.

El proyecto que ambos impulsan persigue demostrar que “es rentable” implantar un modelo agrícola y ganadero respetuoso con la naturaleza, donde se regeneren de espacios semiabandonados, con una activa recuperación de suelos, sin caza y donde se practique la ganadería extensiva conviviendo con el lobo.

Su intención es mostrar que se aplica (“ver y tocar”) la filosofía de la nueva política agraria comunitaria destinada a compatibilizar biodiversidad y productividad. Es todo un reto en un momento en el que la UE ha mostrado cierta incapacidad al llevar a cabo este objetivo (pues muchos agricultores perciben las medidas para proteger los insectos, la polinización, las aves, la fauna o los suelos como una engorrosa imposición burocrática).

Además, la política agraria comunitaria (PAC) incorpora ayudas a la biodiversidad. ¿Salen los números? “Realmente nosotros tenemos ayudas a la protección de la biodiversidad y no hemos puesto dinero de nuestro bolsillo. Es evidente que el negocio funciona. Las vacas y el dinero que recibimos de la PAC permiten que el negocio funcione. No somos unos hippies, hay 1.500 vacas”, añade Martí.

¿Y podría ser rentable sin subvenciones? “Creo que sí. Los ganaderos y los agricultores de los otros continentes del planeta no las tienen”, aduce. Estos proyectos “son rentables”, pero se necesita información y sobre todo “transmitir entusiasmo”, algo que a ella no le falta.

Pero no creen que deba ser una acción individual. “La acción ecológica no debe circunscribirse a un campo ideológico, sino que debe convertirse en una realidad natural que todos debemos asumir porque es una de las llaves de nuestro futuro”, dice Siruela. “Lo que es irracional es estar explotando y poniendo en peligro el futuro humano. Estamos en el siglo XXI. La situación del planeta no es la del siglo XIX. Después de lo que hemos visto, pensar de otra manera es vivir en otra época”, concluye el editor.●